La fragancia del mañana

NEFELIBATA

OTROS LIBROS DE LA AUTORA
EN DUOMO EDICIONES:

La cartera

FRANCESCA GIANNONE

La fragancia del mañana

Traducción de Maribel Campmany

Duomo ediciones
Barcelona, 2025

A Claudia, mi mamá.
A Franco, mi papá.

Y al querido Giuseppe,
amigo alegre. Te extraño.

Hay gente que ama mil cosas
y se pierde por los caminos del mundo.
Yo, que solo te amo a ti,
me detendré
y te regalaré
lo que queda
de mi juventud.

Sergio ENDRIGO,
Io che amo solo te (1962)

PRÓLOGO

Cinco años antes
El día que os esperaba

22 de septiembre de 1953

La primera vez, el teléfono sonó sin respuesta.

—Pero ¿para qué se lo habré comprado si nunca contestan? —murmuró Renato, colgando el auricular.

—Vamos, hay gente esperando —dijo su esposa Marianna, lanzando una mirada a la cola que se había formado en la parte de atrás de la tienda de comestibles.

—¿Y qué más da? ¿Es que todo el mundo tiene que llamar ahora?

—Pero si los vamos a ver más tarde... ¿Qué prisa hay?

Renato frunció el ceño, descolgó de nuevo el auricular y marcó el número otra vez.

—Voy a seguir hasta que muevan el trasero y vayan a contestar. Es la hora del almuerzo, ¿dónde quieres que estén sino en casa?

Esperó seis tonos.

—¿Diga? —Oyó finalmente.

—¿Se puede saber por qué no contestáis?

—Papá, estamos comiendo... —dijo Giuseppe.

—¿Todo bien en la fábrica?

—Solo lleváis cuatro días fuera, ¿qué podría ir mal?

—Contigo nunca se sabe —replicó Renato.

Su esposa lo miró de reojo y le hizo un gesto como diciendo «Vamos, déjalo en paz».

—Pásame a mis nietos, anda —siguió él.

—Ahora los llamo —murmuró Giuseppe.

Renato oyó los pasos de su hijo alejándose y luego un «Chicos, el abuelo está al teléfono», seguido de unos gritos de alegría. Estaba seguro de que la que corría era Agnese, y sonrió al imaginarla pisoteando impaciente el suelo con sus pies regordetes.

—¡Abuelo! —exclamó la niña—. ¿Cuándo volvéis?

—Oh, déjame escuchar a mí también, pon el auricular en el medio —le decía su hermano Lorenzo—. ¡Hola, abuelo! ¡Yo también estoy aquí! ¿Cómo ha ido la feria?

Renato soltó una carcajada y le hizo señas a Marianna para que se acercara al teléfono.

—Estamos a punto de salir —respondió—. En unas horas estaremos en casa.

—¿Tanto tiempo? —preguntó Agnese.

—¡Bari está lejos, cabra! —intervino Lorenzo.

—¡No me llames «cabra»! —protestó ella.

—Vamos, vamos, no os peleéis —dijo Renato, divertido—. He llamado para daros una buena noticia; es más, una noticia estupenda: ¡la abuela y yo lo hemos vendido todo! Vamos a volver con las manos vacías. Tendríais que haberlo visto... ¡Al tercer día ya se habían agotado todas las existencias de Marianne! —Y lanzó un beso a Marianna, que le sonrió. La pastilla de jabón (que llevaba el nombre de su esposa, pero en francés, para que se entendiera que no tenía nada que envidiarle al famoso jabón de Marsella) había sido formulada por Renato es-

pecialmente para ella, la única mujer a la que había amado en su vida; era pequeña y cuadrada, con un suave aroma a talco y una elegante «M» grabada en la parte superior. En poco tiempo se había convertido en el producto estrella de Casa Rizzo, su fábrica de jabones.

Los nietos gritaron entusiasmados, y Renato tuvo que alejar el auricular de su oído para no quedarse sordo.

—¡Así que tendremos que fabricar montones de pastillas! —dijo Lorenzo.

—¡Sí! ¡No puedo esperar! —exclamó Agnese.

Renato sonrió.

—Mañana, mañana —respondió.

—¿Y bien? Aquí nos estamos haciendo viejos de tanto esperar —se quejó un hombre con sombrero y chaleco, y un marcado acento de Bari.

Renato agitó la mano y lo mandó a paseo.

—Chicos, ahora tenemos que colgar. Nos vemos luego —intervino Marianna, lanzándole una mirada amable al hombre del sombrero para tranquilizarlo.

De camino al coche, pasaron frente a los pabellones que albergaban a los jaboneros llegados de toda la región; por un momento, Renato dirigió la vista hacia el imponente estand coronado por un cartel en el que se leía «COLELLA»: parecía que la gente lo estuviera asaltando. «Nosotros también seremos grandes», pensó con una punzada de envidia.

Llegaron al Fiat 1100 azul estacionado en el área reservada a los expositores y tomaron la carretera que los llevaría de vuelta a casa, a Araglie, en el profundo sur de Apulia.

Renato bajó la ventanilla y dejó que el viento le despeinara su tupida y grisácea melena. A su lado, Marianna se deshizo el moño, soltando las horquillas una por una.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan duro con Giuseppe?

Antes, por teléfono, te has pasado... —murmuró ella, quitándose los ajustados zapatos de salón de raso negro.

—Con él se debe actuar así, hay que presionarlo —replicó Renato con severidad—. Tendrías que verlo en la fábrica: anda por allí desganado, como si la cosa no fuera con él. Si no estuviera yo manteniéndolo todo bajo control...

Con una mueca, Marianna se masajeó un pie.

—Ya lo sé, querido. Pero trata de darle tiempo.

—Tiempo... —repitió Renato, enfurruñado. Sacudió la cabeza, mientras que apretaba el volante—. Ni siquiera me ha preguntado cómo ha ido la feria.

Ella se recostó en el respaldo.

—Pero Agnese y Lorenzo estaban tan contentos... —dijo volviéndose hacia él con una pequeña sonrisa.

El rostro de Renato se relajó.

—Ellos son como yo —comentó seco.

Marianna asintió y, a continuación, dejó escapar un bostezo.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

—Cierra los ojos un rato —le dijo él, acariciándole la rodilla—. Aún nos queda para llegar.

—La verdad es que me hace falta. ¿Seguro que no te molesta si no te hago compañía?

Él le cogió la mano y, con los labios, rozó su piel suave y con aroma a talco.

—No, no me molesta, tranquila. —Y le sonrió.

Marianna se quedó dormida rápidamente, con la cabeza inclinada hacia un lado. Renato miraba al frente, conduciendo por una carretera despejada y sin curvas.

De repente, un estallido ensordecedor.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Marianna, despertándose sobresaltada.

Mientras lo decía, el coche derrapó y se salió de la carretera.

Oyeron el choque.

Luego, nada más.

1

El verano en el que todo estaba intacto aún

Agosto de 1958

Como cada maldita vez, la Lambretta hacía de las suyas. En la explanada frente al porche de la casa, Lorenzo, hecho una furia, seguía ensañándose en vano con el pedal de arranque.

—En cuanto me saque el carné de conducir, juro que tiraré al mar esta chatarra —soltó, dándole una pequeña patada al carenado color arena.

Suspiró, se remangó la camisa blanca sobre sus delgados brazos y, con ambas manos, se echó hacia atrás el espeso cabello negro que constantemente le caía sobre la frente.

Desde la ventana abierta del primer piso, Domenico Modugno cantaba a todo volumen *Nel blu, dipinto di blu*, volando feliz más alto que el sol...

—¡Agnese! —gritó Lorenzo, alzando los ojos hacia la ventana.

Su hermana se asomó y apoyó las manos en el alféizar.

—¿Qué pasa?

—No hay manera de arrancarla —respondió el chico, con las manos en la cintura y un aspecto exhausto.

—Bueno, vale. Vamos andando, ¿qué problema hay? —dijo ella entonces.

—¿Andando? ¡Ni pensarlo! —murmuró Lorenzo con una mueca.

Se quedó pensativo y empezó a mordisquearse el labio inferior, el más delgado. A continuación, se acercó de nuevo a la Lambretta y volvió a pisar con fuerza el pedal.

—¿Ya tiene gasolina? —preguntó Agnese.

—Pues claro que tiene —replicó él con la voz ahogada por el esfuerzo—. ¡Vamos, joder! —estalló.

Al enésimo intento, el motor de la Lambretta comenzó a rugir por fin. Lorenzo se giró radiante hacia su hermana.

—¿Estás lista? ¡Baja rápido antes de que se apague otra vez!

—¡Un momento! —respondió ella, y desapareció tras la ventana.

Se sentó en la cama y se calzó rápidamente la sandalia en el pie izquierdo.

«¡No! ¡Maldita sea!», pensó, deteniéndose de golpe. Se quitó la sandalia del pie e hizo lo que siempre hacía: primero se calzó el zapato derecho y luego el izquierdo.

Se levantó de la cama. De la repisa de la pesada y oscura cómoda de madera, cogió el cepillo que había dejado sobre un voluminoso *Manual de botánica* con las páginas amarillentas y la tapa dura, y se acercó al espejo ovalado de pie: le bastó con una rápida mirada para darse cuenta de que peinarse no le serviría de nada. La humedad había enredado aún más la espesa maraña de rizos que tenía en la cabeza; si intentaba pasar el cepillo, se quedaría atrapado en una red de bucles. Así que lo lanzó sobre la cómoda, pero el cepillo golpeó el borde del manual y cayó al suelo. Volvió a mirarse: se pasó los dedos por el

rostro y sintió la piel seca bajo las yemas. «Mmm..., he tomado demasiado sol en la playa», pensó. De todas formas, estaba segura de que nadie lo había notado: su piel aceitunada la hacía parecer permanentemente bronceada, también en invierno. Incluso sus labios eran oscuros, del mismo tono que un pétalo de rosa marchito, carnosos y con un arco de Cupido tan marcado que parecía que siempre estuviera a punto de lanzar una flecha.

—¡Agnese, baja! —la llamó Lorenzo imponiéndose a la voz de Modugno, que seguía perdiéndose en el azul de sus ojos azules.

—¡Ya voy, ya voy!

Apagó la pequeña radio Phonetta que estaba sobre el tocador y se dirigió hacia las escaleras, siempre con el pie derecho primero. Finalmente, salió de casa, cruzó el porche acelerando el paso y se reunió con su hermano, que ya la esperaba montado en la Lambretta con un cigarrillo entre los dedos.

—¡Ya estoy aquí!

Se levantó el bajo del vestido, que le llegaba a media pantorrilla, y se sentó a horcajadas en el asiento de cuero, detrás de él.

—¿Estás cómoda?

—Sí, sí, vámonos.

Lorenzo se colocó el cigarrillo entre los labios, agarró el manillar de la Lambretta, giró el acelerador hacia atrás y arrancó. Agnese se aferró a su hermano y apoyó el mentón en el hueco de su hombro. Cerró los ojos y aspiró el aroma de su cuello: olía a talco, al igual que su propia piel.

Desde niños, ese aroma los había acompañado siempre, y también marcado. «Huele a talco: ¡llegan los hermanos Rizzo!», bromeaban sus compañeros de escuela. Incluso ahora, ya adultos, ambos seguían lavándose exclusivamente con el Marianne, la pastilla de jabón de su infancia.

Lorenzo dejó atrás la verja de la casa familiar y cogió el ca-

mino de la derecha, bordeando una densa hilera de olivos. Al cabo de unos treinta metros, al pasar junto al cartel de «ARAGLIE», aceleró y adelantó a un Fiat 500 azul celeste, mientras la camisa se le hinchaba sobre los hombros como un globo. Agnese se miró en el espejo retrovisor y abrió los ojos de par en par: sus rizos desordenados, levantados por el viento, parecían la copa cónica y compacta de un ciprés.

Siguieron bordeando los campos hasta que el edificio de la fábrica se alzó por encima de una gran arboleda. El imponente letrero se podía leer claramente incluso desde allí, a unos cientos de metros de distancia: «CASA RIZZO. FÁBRICA DE JABONES DESDE 1920».

Lorenzo dio una última y larga calada, y tiró la colilla al suelo. Frente a ellos se erigía el arco de medio punto que marcaba la entrada a la población, pero el chico giró a la izquierda y enfiló el camino que conducía al puerto, costeando las altas y macizas murallas del castillo angevino, con su forma cuadrangular y sus imponentes torres visibles desde cualquier punto de Araglie.

—¿Cómo dijiste que se llamaba la película que vamos a ver? —preguntó Agnese.

—No te lo dije —respondió él con una pequeña sonrisa, girando apenas la cabeza hacia atrás—. Pero se titula *Rufufú*.

Pasó por el puerto, donde los barcos mercantes y los numerosos pesqueros descansaban en las aguas tranquilas, y continuó hacia el paseo marítimo.

—¿Y de qué trata? —quiso saber ella.

—No lo sé. Pronto lo descubriremos. Aunque es de Monicelli, ¿eh? —especificó Lorenzo.

—Caramba —murmuró Agnese.

—Sabes quién es, ¿verdad?

—No —contestó ella—. Mira, allí hay sitio —dijo, señalando un espacio entre un Fiat 600 blanco y la acera.

—¡Cabra! Pero si has visto no sé cuántas películas suyas —la reprendió Lorenzo, si bien con un tono de broma.

—¿Como cuáles? —preguntó Agnese, apeándose de la Lambretta, al tiempo que Lorenzo la apagaba.

—Pues varias con Totò: *Guardias y ladrones*, *Totò y los reyes de Roma*, *Totò y las mujeres*, *Totò y Carolina*... —enumeró Lorenzo, contándolas con los dedos de una mano.

—Ah, sí, sí —cortó ella rápidamente—. Totò no me hace gracia, ya lo sabes.

—No tienes ni idea de cine —dijo Lorenzo, sonriéndole con sus grandes ojos verdes.

Luego, le pasó un brazo por los hombros y se encaminaron juntos hacia el cine al aire libre del paseo marítimo. Agnese fingió estar ofendida, y él, en respuesta, se agachó, pues le sacaba al menos veinte centímetros, y le plantó un beso sonoro en la mejilla.

—¡Espera! —dijo ella de repente, deteniéndose—. No he comprobado cómo tengo el pelo. —Se llevó las manos a la cabeza y presionó para aplastarse los rizos—. ¿Sigo pareciendo un ciprés? —le preguntó a su hermano muy seria.

—¿Un qué? —dijo Lorenzo, echándose a reír.

—Por fin habéis llegado —los interrumpió una voz femenina.

Lorenzo se volvió y, con una sonrisa radiante, abrazó a la chica que había hablado y la besó largamente en los labios.

—¿Hace mucho que esperas? —le preguntó a continuación—. Perdona, me ha costado arrancar la Lambretta.

—Estás perdonado —contestó ella, acariciándole la puntiaguda nariz con un dedo—. ¿Sabes?, he pensado que, como siempre, era culpa de tu hermana la tardona.

Luego, lanzó a Agnese una mirada que parecía querer decir: «No te lo tomas a mal, ¿verdad? ¡Ya sabes que estoy bromeando!».

Agnese le lanzó una mirada ceñuda, pero no replicó. Se podía decir que Angela y Lorenzo eran pareja desde niños y que, cuando estaban juntos, parecían un todo impenetrable, sellado con cemento. Ella tenía dos años más que Lorenzo y era la hermana de Fernando, su amigo más querido. Todo el mundo decía que era la más guapa de la ciudad: algunos la llamaban «Brigitte Bardot». Y hasta Agnese, a quien nunca le había caído bien Angela, tenía que admitir que la gracia de esa chica —con sus ojos color avellana y sus largas pestañas, su pequeña nariz ligeramente respingona cubierta de pecas, y su cabello rubio y aterciopelado— tenía un no sé qué magnético. Lorenzo estaba locamente enamorado de ella: siempre había sabido que, cuando fuera mayor, se casaría con su Angela. En diciembre iba a cumplir veintiún años y luego le pediría matrimonio a la mujer de su vida; no dejaba de repetírselo a todo el mundo.

—¿Y Fernando? ¿No ha venido contigo? —preguntó Lorenzo, mirando a su alrededor.

—Sí, claro —respondió Angela—. Ha ido al bar a buscar algo de beber, me moría de sed. Oh, ahí viene —añadió con una sonrisa y señalando a su hermano, que se acercaba hacia ellos con una botella de gaseosa en la mano.

Mientras lo observaba, Agnese pensó que parecía más delgado, como envejecido, en comparación con la última vez que lo había visto, durante las fiestas navideñas.

—Hola, tú —lo saludó Lorenzo, lanzándose a abrazarlo. Era así como lo saludaba en broma desde que Fernando se había ido a Turín a trabajar en la Fiat.

El amigo le devolvió el abrazo.

—Mira quién está aquí, la pequeña Agnese —dijo a continuación—. Ven, ven, deja que te abrace también a ti.

—«Pequeña»... Solo tengo tres años menos que vosotros —protestó ella, mientras Fernando la abrazaba con cariño.

—Lo sé. Pero, para mí, siempre serás pequeña —respondió él.

—¿Y bien? —dijo Lorenzo, poniendo una mano en el hombro de su amigo—. ¿Qué se cuenta por Turín?

—Pues qué quieres que te diga, Lore... No mucho: fabrico coches que nunca podré permitirme —replicó con una sonrisita amarga.

—Tú decidiste irte —se entrometió enseguida Angela, arrebatándole la botella de las manos—. Si sigues allí, es que tan mal no te va.

Bebió un sorbo y dirigió a Fernando una mirada mordaz. Él, como hacía a menudo, se tragó la respuesta que habría querido darle: «Pero ¿qué sabrás tú de lo que pasa allá arriba?».

Mientras tanto, la gente iba ocupando los asientos frente a la pantalla blanca; la película comenzaría en pocos minutos.

—¡Vamos! —exclamó Agnese y, sin esperar a los demás, se dirigió rápidamente hacia el cine al aire libre. Luego, se detuvo y empezó a contar, señalando cada fila de sillas—. Allí —dijo finalmente, apuntando a la cuarta, donde aún se veían algunos asientos vacíos.

—Pero está demasiado cerca —se quejó Angela—. Me va a doler el cuello.

—También hay sitio allí —dijo Lorenzo, señalando cinco filas más atrás.

Agnese volvió a contar, luego negó con la cabeza.

—No, es una fila impar, no sirve. —Y se alejó unos pasos, buscando en otro lugar.

Angela resopló.

—Pero ¿por qué se pone tan pesada...?

Lorenzo se encogió de hombros.

—Es desde el accidente de los abuelos... No lo sé, son sus rituales «mágicos». —Y esbozó una sonrisa.

—«Rituales mágicos» —repitió Angela con una mueca.

—Sí, pequeños gestos que la tranquilizan. Como para evitar que pase algo malo.

Angela alzó una ceja.

—¿Y encima se cree que funcionan?

—Venga, ¿qué más te da? —replicó Lorenzo, rodeándole la cintura con ambas manos—. No hace daño a nadie, ¿verdad?

—Ya está, he encontrado sitio —dijo Agnese—. Fila doce —señaló, dirigiéndose solo a su hermano, el único que comprendía cómo funcionaba su mente y que conocía todos los esquemas que ella seguía para poner en orden las cosas del mundo.

—Pues a la fila doce —intervino Fernando con una sonrisa.

En cuestión de minutos, el sol fue engullido por el mar Jónico, y el paisaje a su alrededor se tiñó de una tenue luz azulada; los cuatro jóvenes se apresuraron a ocupar las sillas libres en la fila doce y se acomodaron justo en el momento en que empezaban la música y los títulos de crédito de la película, con una toma nocturna de una calle de las afueras.

Cuando Agnese y Lorenzo regresaron, poco antes de la medianoche, la casa estaba a oscuras y en el aire flotaba un olor a tortilla. Moviéndose con cuidado, se dirigieron hacia la escalera, pero luego la joven susurró:

—Todavía tengo hambre.

Su hermano se rio por lo bajo.

—¡Pero si te has comido una *pizza* entera! —dijo en un susurro.

Agnese se encogió de hombros.

—¿Y qué quieres que te diga? No me he llenado.

Así que entraron en la cocina y encendieron la luz; en el

centro de la mesa había un plato cubierto con una servilleta blanca. Agnese la levantó y descubrió un trozo de tortilla.

—¿La partimos por la mitad?

Sentándose, Lorenzo agitó la mano en señal de negativa.

—No, no, es toda tuya.

Agnese se sentó a su lado y cortó el trozo sobrante en dos. Mordió la primera mitad.

En un lado de la mesa estaba *La Settimana Enigmistica* de su padre, con un bolígrafo a modo de marcapáginas y una mancha abultada en la portada, como si le hubiera salpicado agua. Lorenzo alargó la mano, se acercó la revista y empezó a pasar las páginas.

—Termina todos los crucigramas —murmuró con una pizca de fastidio—. Si dedicara a la fábrica al menos una décima parte del tiempo que pasa con esto...

Agnese acabó de comerse el primer trozo y se lanzó sobre el segundo.

—Espera, vuelve atrás —dijo a continuación, con la boca llena.

Su hermano obedeció y pasó a la página anterior; ella se inclinó y entornó los ojos.

—Sí, ahí. ¿Qué pone? —preguntó, señalando un espacio en blanco en la parte inferior, donde su padre, con su inconfundible letra, pequeña y ordenada, parecía haber escrito algo.

—«No hay felicidad sin libertad, ni libertad sin coraje» —leyó Lorenzo, y giró la página.

—Mira, ahí ha escrito algo más —dijo ella, apuntando con el dedo—. «Lo importante no es lo que han hecho de nosotros, sino lo que hacemos nosotros mismos con lo que han hecho de nosotros». —Hizo una mueca, perpleja—. ¿Qué significa esto?

—Y yo qué sé... Serán las soluciones de algún enigma... —Suspiró Lorenzo. Luego, vio que, en la misma página, en la

parte superior, su padre había escrito «Francesco», seguido de un número de teléfono con el prefijo 080—. ¿Francesco? ¿Quién será? —preguntó él.

—Ni idea —respondió Agnese—. No conocemos a nadie que se llame Francesco, ¿o me equivoco?

—Me parece que no.

—¿De dónde es ese prefijo?

Lorenzo se encogió de hombros.

—Puede que de Bari, pero no estoy seguro —contestó, bostezando. Cerró *La Settimana Enigmistica*—. Bueno, hermanita, ¿nos vamos a dormir?

Agnese asintió.

—Ahora que estoy llena, sí.

El despertador de la mesilla de noche de Lorenzo sonó a las siete. Por la ventana frente a su cama, que había dejado abierta toda la noche, soplaba una agradable brisa del norte que le lamía las piernas desnudas. Tras interminables semanas de húmedo y bochornoso siroco, el viento por fin había cambiado.

Se levantó de la cama y se puso los pantalones y la camisa beis que había tirado en la silla la noche anterior. Sobre un caballete de madera, junto al escritorio lleno de libros y revistas de arte, había un pequeño lienzo que representaba el rostro de una mujer que se parecía a Angela. Lorenzo se acercó y rozó la superficie con la yema de los dedos: la primera capa de pintura aún estaba pegajosa, de manera que levantó el caballete y lo colocó frente a la ventana para que el viento secara la pintura más rápidamente. En la pared de enfrente, completamente cubierta por carteles de viejas películas desde *Roma, ciudad abierta* hasta *El limpiabotas*, pasando

por *Paisà*, *Ladrón de bicicletas* o *Arroz amargo*, había una cómoda idéntica a la que tenía Agnese en su habitación; Lorenzo abrió el primer cajón, cogió un manojo de llaves y se lo metió en el bolsillo. Salió de la habitación y recorrió el pasillo con pasos medidos y ligeros para no despertar a su hermana. La puerta de la habitación de Agnese, justo al lado de la suya, estaba abierta de par en par, como siempre, y ella dormía en la misma posición que cuando era niña: bocarriba, con los brazos levantados sobre la cabeza y una expresión de ceño fruncido en el rostro, como si alguien la estuviera molestando en sueños. Luego, bajó al piso de abajo, a la cocina, y encontró allí a la única persona que podía estar despierta a esa hora: con un camisón, el pelo encrespado y despeinado, Salvatora, su madre, aguardaba frente a los fogones a que la cafetera comenzara a borbotear.

Lorenzo la saludó con un beso en la mejilla.

—Siéntate, que el café está casi listo —dijo ella.

La mesa ya estaba puesta para cuatro, con platitos y tazas y tacitas de porcelana blanca decorada con flores rosas, y pequeñas cucharillas de metal plateado. Lorenzo se sentó y cruzó los brazos sobre la mesa, junto a *La Settimana Enigmistica*.

—¿Quieres galletas? —preguntó Salvatora.

Y, sin esperar respuesta, abrió la puerta del aparador de formica color castaño y sacó una caja de cerámica verde. Quitó la tapa y la dejó encima de la mesa.

—Solo un par —dijo Lorenzo, metiendo la mano.

Salvatora sirvió el café primero en la taza de Lorenzo y luego en la suya, y se sentó frente a él.

—¿Cómo es que ya estás despierto? Podrías haber dormido un poco más.

—Voy a la fábrica —respondió él, mordiendo una galleta de mantequilla.

Su madre dio un sorbo a la taza, sujetándola con ambas manos.

—Pero si es domingo...

—Tengo que terminar un boceto —dijo Lorenzo con la boca llena, mientras se limpiaba las migas de las manos—. ¿Viste el último, el que era para el Neve? Gustó mucho en la feria de julio. —Y bebió un poco de café.

—Ah, sí, claro. Te quedó muy bien —contestó Salvatora con una sonrisa algo forzada.

—Papá ni siquiera lo ha mirado, no me ha dicho nada —murmuró Lorenzo, dejando la taza sobre el platillo.

—No es así —se apresuró a justificarlo ella—. Ya sabes cómo es tu padre. No es de hacer ceremonias, pero lo valora.

—Sí, claro... —respondió Lorenzo con un gesto de la mano—. Ya es un milagro si se da cuenta de lo que pasa en la fábrica.

Salvatora se ensombreció.

—Lorenzo, no me gusta nada cuando hablas así. Debes respetar a tu padre. Tú y también tu hermana. Siempre os estáis aliando contra él...

Lorenzo suspiró y la miró con una expresión como de «No hay nada que hacer, siempre te pones de su parte, incluso cuando no tiene defensa». Se levantó, dio la vuelta a la mesa, puso las manos sobre los hombros de su madre y le dio un beso en la frente.

—Bueno, me voy —dijo simplemente.

Aparcó la Lambretta en la explanada frente al gran portón de madera de la fábrica de jabones, luego se bajó y sacó el manojo de llaves del bolsillo. Giró una larga llave de latón en la cerra-

dura, entró y cerró el portón a su espalda. El olor de la jabonería lo envolvió de inmediato como un manto: era un aroma único e irrepetible, una mezcla de grasas vegetales, esencias florales y afrutadas, lanolina, resinas, lejía y disolvente.

Avanzó sobre el suelo de cemento pintado oyendo el eco de cada paso: la fábrica silenciosa, sin trabajadores y con las máquinas apagadas, de repente le hizo sentirse como el último hombre sobre la Tierra. Aquellas paredes de bloques de piedra y aquellos altos techos siempre habían sido, tanto para Agnese como para él, su «casa»: pasaron su infancia allí, jugando a perseguirse entre las grandes calderas de vapor y las cubas de enfriamiento, hasta que una tarde —ellos todavía estaban en la escuela primaria— el abuelo Renato los llamó a su oficina y, con aquella media sonrisa suya, les dijo: «Un día vosotros seréis los encargados de llevar las riendas de la fábrica. En cuanto terminéis la escuela obligatoria, os quiero trabajando en la jabonería de la mañana a la noche. Mientras tanto, aprenderéis conmigo. Vendréis aquí todas las tardes sin excepción, ¿entendido?». Luego, cogió a Lorenzo aparte y le susurró: «Cuento contigo, hombrecito. Te toca a ti llevar adelante el nombre de los Rizzo, tienes una gran responsabilidad. Lo sabes, ¿verdad?». Lorenzo asintió y le prometió que nunca, por ninguna razón del mundo, lo defraudaría. Con un hilo de voz, añadió: «Abuelo, yo quiero sacarme el diploma de todas formas. ¡Como tú! Pero vendré a la fábrica todas las tardes, te lo juro».

Así, desde entonces, Renato se dedicó a enseñarles todo lo que sabía y, al final, los dos hermanos aprendieron todos los secretos sobre la producción de jabón. Especialmente, Agnese. El abuelo siempre decía que ella, y solo ella, había heredado su nariz. Y no se refería a la semejanza física, que también era evidente —ambos tenían la nariz asimétrica, con un perfil algo irregular—, sino a la extraordinaria capacidad de

la chica para conocer a fondo las esencias y sus propiedades, y detectarlas como un sabueso. En aquel momento, a Lorenzo le parecía estar viendo a Agnese y al abuelo divirtiéndose enormemente mientras añadían colorantes, perfumes y principios activos a la pasta de jabón.

Estaba a punto de entrar en la oficina, cuando de repente oyó un ruido que provenía del sótano. Así que bajó hasta donde se encontraban los depósitos que contenían el aceite de orujo. Tenía poco más de cuatro años cuando pisó ese lugar por primera vez y lo recordaba muy bien: en cuanto él y su padre entraron allí, Giuseppe soltó de repente la mano de su hijo y se puso a vomitar en una esquina, disgustado por el olor acre que saturaba la estancia. «¿Te encuentras mal, papá?», le preguntó el niño, preocupado. «Es el orujo —respondió su padre, tratando de recomponerse—. Nunca me acostumbraré...».

Sin embargo, el orujo fue precisamente lo que se convirtió en la fortuna de su familia: el abuelo había intuido que se podían reutilizar los residuos del aceite de oliva —cáscaras, restos de pulpa, fragmentos de hueso— para obtener un aceite que no se podía ingerir, pero que era perfecto como grasa en la producción de jabón.

«Ah, era eso —pensó Lorenzo, en cuanto se dio cuenta de que la ventanita basculante se había cerrado—. Habrá sido el viento». Así que se subió a una silla y volvió a abrir la ventana para que la habitación permaneciera ventilada; a continuación, regresó al piso de arriba. Abrió la puerta del despacho que, en su momento, había sido del abuelo y que ahora ocupaba su padre —cuando estaba—, y se sentó en la silla de cuero frente al escritorio. En la pared opuesta se exhibía con orgullo el diploma de licenciatura en Ciencias Agrarias de Renato y, alrededor, ocupando el resto de la pared, estaban colgados, enmarcados, todos los reconocimientos, certificaciones

y premios que la fábrica de jabones Rizzo había ganado a lo largo de los años. Desde hacía algún tiempo también se habían añadido los carteles y anuncios que Lorenzo había comenzado a diseñar: el último, el del jabón para la colada, el Neve, mostraba a una joven, a la que Lorenzo había dado el rostro de Angela, sacando una sábana de una tina llena de agua y burbujas de jabón en forma de copos de nieve. La mujer miraba la ropa, limpia y blanquísima, con ojos maravillados. Junto a ella, en el suelo y en primer plano, podía verse el paquete del jabón sólido, con la etiqueta celeste y la palabra «Neve» en letras mayúsculas, también de un blanco resplandeciente.

Abrió la carpeta donde guardaba los bocetos y sacó el dibujo que aquella misma mañana había decidido terminar. Llevaba tiempo trabajando en él: serviría para relanzar en el mercado el Olive, una pastilla de jabón nutritiva para el rostro elaborada con aceite de oliva. Las ventas no acababan de despegar, tal vez porque no a todo el mundo le gustaba el olor a oliva, pero ahora Agnese había modificado ligeramente la fórmula y había suavizado la fragancia con un buqué de lirios y nardos.

Lorenzo levantó la tapa de la caja de lápices de colores y retomó el dibujo donde lo había dejado: en la parte superior del cartel, una mujer estaba agachada junto a un niño y le olía la mejilla con los ojos cerrados y una expresión extasiada; a su alrededor, la piel rosada del pequeño desprendía diminutos pétalos. Más abajo, Lorenzo comenzó a esbozar el nuevo envoltorio del Olive: un rectángulo con esquinas verdes y, en su interior, un óvalo lila claro con la palabra «Olive» en cursiva, en un lila más oscuro. Al final, escribió a lápiz el eslogan publicitario: «El nutritivo aceite de oliva, la fragancia embriagadora del lirio y del nardo».

Lorenzo se quedó sentado trabajando durante más de una

hora hasta que oyó el chirrido del portón. Se levantó, apartando la silla, y en aquel momento Agnese abrió de golpe la puerta de la oficina: llevaba el pelo rizado recogido en una coleta alta y un vestidito amarillo de manga corta que dejaba al descubierto sus robustas pantorrillas.

—Ah, eres tú —dijo Lorenzo, volviendo a sentarse—. ¿Por qué no te has quedado durmiendo? Es domingo...

—Por la misma razón por la que no te has quedado tú —respondió Agnese, mirándolo con sus ojos oscuros, como los de una gata.

Él sonrió.

—Quieres echar un vistazo, ¿eh?

Giró el papel y se lo mostró a su hermana.

Agnese lo cogió entre sus manos y lo examinó detenidamente.

—¡Caramba! —exclamó—. Me gusta mucho, ¿sabes? —Volvió a mirar el dibujo con expresión satisfecha—. Sí, sí, es realmente bonito. Solo una cosa... ¿Y si, en lugar de eso, escribiéramos: «El mismo nutritivo aceite de oliva con el nuevo y embriagador aroma de lirio y nardo»? Así queda más claro que se trata de un producto diferente.

Lorenzo pareció pensárselo y luego respondió:

—No, demasiados conceptos. No me convence. —Y comenzó a mordisquearse el labio inferior—. ¡Ya está! —dijo luego—: «El nutritivo aceite de oliva, ahora con un nuevo y embriagador aroma». ¿Qué te parece?

—¡Sí! ¡Perfecto! —se entusiasmó Agnese, aplaudiendo.

—¡Pues sea! —dijo Lorenzo con una sonrisa.

Se inclinó de nuevo sobre el papel, y su cabello le cayó suavemente sobre la frente. Borró la segunda parte de la frase con una goma de miga de pan y la reescribió desde el principio tal como él y su hermana acababan de decidir.

Agnese se sentó en la mesa y, con la cabeza inclinada hacia un lado y las piernas balanceándose, siguió con atención cada trazo del lápiz sobre el papel.

—Mañana lo enviaremos a imprimir —anunció Lorenzo cuando terminó el dibujo, dejando el lápiz sobre la mesa.

—Sí. Solo falta que se lo mostremos a papá... —intentó objetar ella.

Su hermano empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Como si sirviera de algo... Lo miraría distraído, como todas las demás veces. No te preocupes. Lo importante es que nos guste a ti y a mí.

Agnese bajó la mirada, frunciendo los labios.

—Como quieras —murmuró. Luego, se volvió hacia su hermano—: Oye, ya que estamos aquí, ¿revisamos la cortadora? Ayer el pedal se atascó dos veces.

Lorenzo levantó la vista hacia el reloj de pared: marcaba las diez y cuarto.

—No hay tiempo. A las once hemos quedado en la playa con Angela y Fernando. Se marcha hoy, te acuerdas, ¿no? Además, tengo que pasar por casa a ponerme el bañador.

—Yo también—respondió Agnese—. Bueno, ya lo haremos más tarde. Cuando volvamos de la playa.

La arena quemaba terriblemente: no había sido una buena idea quitarse los zapatos, pensó Agnese mientras daba saltitos sobre las puntas de los pies para llegar a la orilla. Ella y Lorenzo, con una toalla doblada sobre el brazo, fueron abriéndose paso entre sillas plegables, niños que corrían gritando y salpicando agua, jóvenes jugando al voleibol y filas de toallas sobre las que las mujeres tomaban el sol o leían *Gente* y *Marie*

Claire. Desde el quiosco de bebidas, la radio emitía *Eri piccola così*, de Fred Buscaglione.

Llegaron a pocos pasos de la orilla. Angela estaba tumbada con los ojos cerrados y llevaba un bikini de rayas blancas y rojas que resaltaba su cuerpo sinuoso y perfecto. O al menos eso le parecía a Agnese si lo comparaba con el suyo: su madre siempre le había repetido que no debía preocuparse; que, tan pronto como se convirtiera en una «señorita», su cuerpo se estilizaría, se moldearía y hasta se alargaría. Pero no había sucedido absolutamente nada de eso: Agnese seguía midiendo su metro cincuenta y cinco, la barriguita continuaba en su sitio, y su pecho, apenas insinuado, seguía pareciendo el de una niña.

Lorenzo se arrodilló y le dio un beso suave en los labios a Angela; el cabello del joven le cayó sobre el rostro y le hizo cosquillas. Ella abrió los ojos y su rostro se iluminó de alegría. Se incorporó apoyándose en los codos y le lanzó una mirada tierna.

—¿Ese bikini no es demasiado pequeño? —dijo él, apartándole el cabello hacia un lado.

—¿No te gusta? Me lo ha regalado mi vecina, a ella le queda estrecho.

Lorenzo colocó su toalla junto a la de ella y se quitó los pantalones y la camisa.

—No he dicho que no me guste. Estás guapísima. Y, de hecho, el problema es que te están mirando todos. Será mejor que la próxima vez te pongas tu bañador entero de siempre, ¿eh?

Angela no respondió.

—Ven, acurrúcate aquí —le dijo luego él, tumbándose.

Angela se movió de su toalla y se acomodó junto al cuerpo de Lorenzo, apoyando la cabeza en su pecho. Él le besó la frente y empezó a acariciarle el pelo.

Agnese desplegó su toalla luchando contra la brisa, que, a ráfagas, no paraba de agitar los bordes, y la colocó perpendicular a la que Fernando había dejado vacía. Se sentó y, dándoles la espalda a los dos chicos, se puso a mirar el mar.

—¿No te mueres de calor así vestida? —le preguntó Lorenzo.

—Aún no —respondió Agnese, girándose hacia su hermano.

Se bajó el vestidito amarillo hasta cubrirse los tobillos y volvió a mirar al frente: vio a Fernando, que nadaba hacia la orilla cortando el mar con grandes brazadas.

—Hola, tú —saludó Lorenzo en cuanto el chico salió del agua y se reunió con ellos.

Fernando sonrió y le hizo un corte de mangas.

—¿Cómo está el agua? ¿Muy fría? —le preguntó Angela con aire desganado.

—Para nada. Está buenísima —respondió Fernando, echándose hacia atrás el cabello mojado, que goteaba sobre la arena.

Seguidamente se sentó en una esquina de su toalla y le guiñó un ojo a Agnese. En aquel instante, Lorenzo y Angela pasaron por su lado y se dirigieron hacia el agua cogidos de la mano.

—¿Y tú? ¿No vas a bañarte? —preguntó Fernando, mirándola con los mismos ojos color avellana de Angela, aunque los de él eran mil veces más dulces.

Agnese entrelazó las manos.

—Aún no —respondió de nuevo—. ¿A qué hora sale el tren?

—Después de comer. Será un viaje muy muy largo.

—¿Qué querías decir cuando comentaste que no podrás permitirte nunca un Fiat, y tu hermana te fulminó con la mirada?

Fernando hizo una mueca.

—No sé qué vida se cree ella que llevo yo en Turín... En

realidad, no tiene ni idea. ¿Sabes?, a veces me pregunto si trabajo en una fábrica o en un cuartel... Hacemos turnos agotadores, y los salarios siguen siendo los mismos. Ellos, los jefes, se enriquecen, y nosotros seguimos siendo los mismos muertos de hambre. Y si intentas rebelarte, te mandan a casa. Cabeza gacha y a trabajar.

—Pues, perdona, pero ¿por qué no lo dejas y vuelves aquí?

El chico la miró fijamente.

—¿Para hacer qué? Después de todo el tiempo que me ha costado aprender el oficio...

Agnese no supo qué responder. Se quedaron en silencio durante unos minutos, ambos con los ojos fijos en Lorenzo y Angela, que, sumergidos en el agua hasta la cintura, se habían abrazado en un beso que parecía no acabar nunca.

—¿Y tú? —preguntó Fernando, rompiendo el silencio.

—¿Yo qué?

—¿No tienes novio? —aclaró él sonriendo.

Agnese se encogió de hombros.

—No me hace falta.

Fernando se rio.

—¿Qué quieres decir con que no te hace falta?

—Que no tengo tiempo: estoy en la fábrica de jabones todo el día.

—Eso no excluye el amor.

—Puede ser. De todas formas, no me gusta nadie.

—Todavía. Ya llegará el chico que hará que te enamores.

—¿Tú estás enamorado?

Fernando se recostó sobre los codos.

—Enamoradísimo —admitió—. Y también comprometido. Con una chica de allí —explicó, levantando un dedo—. Pero no se lo digas a Angela... ni a tu hermano, que él se lo chivaría un segundo después.

—¿Y por qué no?

—Ya sabes cómo es mi hermana —se limitó a responder él.

Y ambos sabían que no hacía falta añadir nada más.

Agnese comenzó a trazar con el dedo un círculo en la arena húmeda, luego lo repasó por el surco una segunda vez, porque uno no era un número par.

—¿Y cómo es...? Estar enamorado, quiero decir —le preguntó entonces.

Fernando sonrió.

—Así que te interesa, ¿eh?

—Es solo curiosidad —replicó Agnese—. Lorenzo nunca ha querido explicármelo. «Cuando te suceda, lo entenderás y ya está» —dijo, imitando la voz seductora de su hermano.

Fernando se echó a reír y, a continuación, se giró de lado y apoyó su cabeza en el puño.

—Entonces, intentaré explicártelo yo. Digamos que, cuando estás con esa persona, te sientes más feliz que con cualquier otra y en cualquier otro lugar.

Agnese se puso, de repente, pensativa.

—No —dijo decidida—. No existe la persona que pueda hacerme más feliz que cuando estoy en la jabonería. Imposible.

Como si respondiera a esa solemne afirmación, por toda la playa resonó la sirena que anunciaba la entrada de un barco en el puerto.